

*Cultura letrada y proyectos nacionales.
Periódicos y literatura en Bolivia (siglo XIX)*
Fernando Unzueta
La Paz: Plural editores, 2018

María Luisa Soux
Universidad Mayor de San Andrés

El libro *Cultura letrada y proyectos nacionales. Periódicos y literatura en Bolivia (siglo XIX)* de Fernando Unzueta, publicado por la editorial Plural en 2018, aborda una temática que se inserta dentro de los estudios culturales y los estudios poscoloniales tanto desde la historia como desde la literatura. Su enfoque utiliza conceptos trabajados por autores como Benedict Anderson y la construcción de la nación como una “comunidad imaginada”, Jürgen Habermas y su concepción de la “esfera pública” y Michel Foucault y sus conceptos sobre el discurso como una construcción de realidades y no solo como una descripción de las mismas.

A partir de estas propuestas, que son analizadas de forma crítica mostrando las peculiaridades de la cultura latinoamericana y boliviana, y de un profundo trabajo en las fuentes primarias hemerográficas y la bibliografía histórica y literaria, Unzueta analiza, desde una aproximación “discursiva y constructivista” (p. 16), la relación existente entre la construcción de la nación boliviana en el siglo XIX y el papel que jugó la prensa a través de la formación de una cultura letrada. Por sus páginas transitan los pasquines, los primeros periódicos oficiales, las lentas modificaciones de la opinión pública, la inserción de una nueva sensibilidad y, finalmente, el surgimiento de una narrativa nacional que reforzó, desde la literatura, la conformación de un proyecto nacional.

Unzueta aborda el tema acompañando un largo proceso histórico que se inicia en el proceso de independencia, prosigue con la formación de la nación y concluye con una Bolivia post guerra del Pacífico, en la que ya no está en duda la vida de la nación, aunque se hace necesario crear al sujeto nacional.

Son casi cien años de historia acompañados de imaginarios y proyectos durante los cuales se insertará la palabra escrita, desde la ciudad letrada colonial hasta el sujeto nacional mestizo y desde el pasquín hasta la novela histórica.

El libro se inicia en las primeras décadas del siglo XIX, de forma paralela al proceso hacia la independencia. Como es conocido, en Bolivia no existió una prensa hasta antes de 1825; sin embargo, ello no significó que no existiera un ámbito público. El autor aborda esta situación a partir del concepto de “ciudad letrada”, tomando como ejemplo la ciudad de La Plata, que, a pesar de albergar una sociedad estratificada y quizás por la presencia de un ambiente universitario, fue un centro fundamental de difusión de ideas en espacios públicos y privados formales e informales (p. 29). La opinión pública generada en este ambiente siguió un camino que comenzó con la crítica al mal gobierno, prosiguió con el de la discriminación hacia los criollos, para decantarse finalmente en un “patriotismo criollo”. Este ambiente criollo letrado será fundamental al momento de dar una respuesta a la crisis de la monarquía, posición que se manifestó a través de pasquines y otros papeles, además del rumor, los chismes y habladurías; todo ello en un espacio público que se alimentó de la letra escrita y la oralidad.

Una segunda parte del libro aborda la prensa durante los primeros años de vida independiente y de formación nacional. Parte de la constatación de que, a diferencia de la experiencia europea, donde la novela se constituyó en el fundamento de la conformación de la “comunidad imaginada”, en América Latina, a pesar de la publicación de algunas novelas tempranas como *El Periquillo Sarniento*, de 1816, el papel central lo tuvo la prensa. En el caso boliviano, en periódicos como *El Cóndor de Bolivia* o la *Gaceta de Chuquisaca* se presenta, ya desde el año de fundación, una voluntad pública de “ser una nación” (p. 53), lógicamente con una visión limitada y letrada que excluía de la ciudadanía a una gran mayoría de la población, fundamentalmente a indios y mujeres. Para Unzueta, el objetivo civilizador y paternalista de la prensa en estos momentos fundacionales sigue las pautas generales de la emergencia de las naciones “modernas”, basadas en una ciudadanía restringida. La prensa, como un aspecto clave en la conformación de una esfera pública, fue central en la gestación de un imaginario social, de una “comunidad imaginada”; ejerció una función formadora del espíritu cívico y, poco a poco, de un nacionalismo que fortalecería la pertenencia a una Bolivia independiente. Para ello, de acuerdo con Unzueta, se buscaría generar una “nacionalización” del espacio y del tiempo. En el primer caso, al establecer un discurso de conocimiento y defensa del espacio nacional y, en el segundo, al dar visibilidad a fechas y momentos constitutivos de la nación, además de generar un discurso ligado al progreso.

Hacia mediados del siglo, en un momento en el que ya se había consolidado la independencia con relación a los países vecinos, la prensa en su conjunto fue cambiando sutilmente. Este tema es abordado en el tercer capítulo del libro. Del objetivo primordial de promover un ciudadano virtuoso y fortalecer la nacionalidad, se pasa sutilmente a redefinir la nación a partir de los sentimientos. De ahí que, con la configuración de un nuevo público y una mayor apertura hacia lo plural, surge la literatura como parte importante de la prensa. En esta etapa destaca el periódico *La Época*, dirigido por dos exiliados de las luchas políticas argentinas, entre ellos Bartolomé Mitre. La característica de este y otros periódicos fue la publicación de folletines o novelas por entregas con obras de novelistas europeos de moda y, posteriormente, con la primera novela sentimental, *Soledad*, del mismo Mitre. Para Unzueta, *Soledad* y otras lecturas pueden considerarse “romances nacionales”, en el sentido que la historia de amor se desplaza a una historia de la nación a través de determinados personajes. En el caso de *Soledad*, los protagonistas simbolizan, al mismo tiempo, al patriota leal y los valores nacionales (p. 98). Además, su presentación como folletín permite articular la sensibilidad romántica de la novela con el patriotismo y el espíritu nacional propios de la prensa, relacionados con el pasado, la guerra y la lucha contra el sistema colonial. Finalmente, si bien tanto la novela como el periódico se ocupan de Bolivia, Mitre no se sustrae de su condición de exiliado, estableciendo paralelismos entre la situación boliviana, más estable, y las dificultades para consolidar el proyecto nacional en su Argentina natal.

En el capítulo siguiente, Unzueta aborda el tema de la institucionalización de la literatura nacional, estudiando la misma a partir de la prensa. Es crítico con los estudios de historia de la literatura del siglo XIX en América Latina, que, asumiendo como modelo los conceptos europeos de unidad lingüística, invisibilizan la diversidad. A partir de ello, señala que la historia literaria negó o minimizó la producción colonial, la popular y la indígena. Señala el autor que esa percepción puede ser mediatizada si se aborda la prensa, ya que esta no contiene únicamente novelas en sus folletines sino varios otros géneros como los diálogos, las sátiras, los cuadros costumbristas, los discursos fúnebres y las leyendas, entre otros; por lo tanto, la posición de la historiografía literaria acerca del escaso desarrollo de la literatura nacional se debe a que se ha centrado exclusivamente en la novela. Para Unzueta, este vacío ha sido cubierto por la reciente obra de Juan Pablo Soto, de 2016, que lleva como título *Ficcionalización de Bolivia. La novela/leyenda del siglo diez i nueve, 1847-1896*. De acuerdo con Unzueta, el aporte fundamental de esta obra, además de su profundidad, es precisamente el uso de la prensa como fuente primaria del trabajo. La obra de Soto, que contiene 56 obras narrativas de ficción, muestra cómo estas obras “imaginan el país, su sociedad, su

historia, sus costumbres y sus sueños”. (p. 134). De ellas, más de la mitad salió a luz en folletines o por entregas.

El capítulo 5, retomando el orden cronológico del estudio, se centra en los cambios producidos en la prensa boliviana luego de la guerra del Pacífico. De forma paralela al triunfo del Partido Conservador (de tendencia liberal) en la política nacional y al auge económico de la plata, se construyó todo un discurso de respeto al orden, a la ley y al trabajo, y se modernizó la cultura. El establecimiento de proyectos de una educación de las masas y la constitución de un público lector llevaron al aumento, en el número, de órganos de prensa y a la mejora de su calidad. Periódicos e imprentas se convirtieron en emprendimientos económicos y la publicidad creció de forma paralela a su difusión; esto significa que las revistas y periódicos literarios tuvieron cada vez más dificultades para sobrevivir frente a la mercantilización que implicaba la publicidad. La prensa de fin de siglo fue cada vez más plural y especializada y manifestó principios como la defensa de la libertad de opinión y una fe ciega en el progreso, del cual la misma prensa formaba parte sustancial. Desde el lado del lector, se empezó a valorar la lectura individual y silenciosa y se criticó la presencia de folletines y obras literarias en los periódicos, ya que aparentemente distraían la lectura sobre temas de actualidad. Al mismo tiempo, surgieron nuevos gustos literarios que, sin dejar de lado el nacionalismo, criticaban las posiciones moralistas de algunas obras literarias. De esta manera, para Unzueta, “los cambios en los gustos literarios, las transformaciones de la prensa y la gradual institucionalización de la literatura impulsan una mejor definición del cambio discursivo literario en un proceso que no se escapa de las contradicciones de la modernidad latinoamericana” (p. 170).

Un punto importante que señala el autor es la aparición de la literatura de y para las mujeres. Aunque desde mediados del siglo XIX se contaban algunas mujeres como colaboradoras en la prensa, la primera publicación dirigida específicamente a ellas apareció en 1889, bajo la dirección de Carolina Freyre de Jaimes. Esta participación literaria, sin embargo, no modificó el paradigma según el cual eran los hombres los que se movían en el ámbito público, mientras las mujeres desarrollaban su sensibilidad y sus valores morales en el ámbito del hogar. A pesar de ello, Unzueta destaca la mayor participación de mujeres como Carolina Freyre, Adela Zamudio o Lindaura Anzoátegui en la vida literaria de fines del siglo XIX.

El capítulo final del libro se centra en la novela *Juan de la Rosa*, eje central para analizar la relación entre la literatura, la prensa y la opinión pública y la forma en que alimentaron los proyectos nacionales durante el siglo XIX. El autor parte de su interés por establecer la relación entre “la emergencia del protagonista como individuo y la creación de la nación en *Juan de la Rosa* desde la perspectiva de la constitución del sujeto, y como parte de un

proyecto pedagógico que propone su vida como modelo para la formación de otros sujetos nacionales” (p. 181). Estos sujetos nacionales, de acuerdo con el autor, se van conformando a partir del autodescubrimiento del mismo individuo y, en el caso de Juancito, a través del reconocimiento de su propia historia relatada tanto en las conversaciones con Fray Justo como en la lectura de manifiestos y otros documentos. De esta manera, al conocer su historia y su origen mestizo, se genera una identidad que lo llevaría a participar en la guerra, pero al mismo tiempo, se establecería dentro de la ficción una propuesta de unión nacional predominantemente mestiza. En el relato de la participación democrática y amplia de los diversos grupos sociales de Cochabamba en el pasado, se plantearía un aprendizaje de unidad nacional, aunque no se dejan de lado las visiones paternalistas de las elites.

Frente al debate suscitado en los últimos años acerca de la autoría de la novela, Unzueta hace un profundo análisis sobre los pormenores de su publicación, inicialmente como folletín en el periódico *El Heraldo*, entre enero y agosto de 1885, y luego como libro en septiembre del mismo año. Tomando una posición crítica frente a la aseveración de que el verdadero autor del diario –y no novela– fue el Coronel Juan Altamira Calatayud, sostenida por Luis y Mauricio Antezana, y que el nombre de Nataniel Aguirre como autor aparece recién en 1909; y frente a la presentada por Leonardo García Pavón, que sostiene que Nataniel Aguirre habría editado un testimonio de Juan de la Rosa y que su paso de editor autor se dio en 1888, Unzueta analiza con detenimiento la versión en folletín de 1885. Observa cómo, ya a partir de 1888, se empieza a reconocer a Nataniel Aguirre, y analiza la crítica anterior a 1909 referida a Aguirre como autor de la novela. Para Unzueta, el autor es Nataniel Aguirre y la publicación coincide con un momento en que se fortalecen las celebraciones patrióticas y el interés por promover el sentimiento nacional, interés que llevaría a Aguirre a escribir la novela, combinando la ficción y la historia. De esta manera, la prensa se articula nuevamente con la literatura y la formación de la nación, llevando la lectura hacia el momento fundacional de la nación, la guerra por la independencia.

Cultura letrada y proyectos nacionales de Fernando Unzueta se convierte hoy en un libro fundamental para entender, tanto desde la historia como desde la literatura, la complejidad del proceso de conformación de la nación durante el siglo XIX. Al leer sus 212 páginas y revisar la amplia bibliografía, podemos percibir la forma en que la especialización en la formación profesional ha deformado nuestras perspectivas de estudio. Y es que mientras los historiadores miramos el proceso como un conjunto de acciones, conflictos y negociaciones en los diversos ámbitos, la literatura estudia un canon que, como explica Unzueta, se centró casi exclusivamente en la novela. Este libro se ubica en la intersección de ambas visiones, como hizo la prensa en su

momento. Desde el *Diálogo de Atabualpa y Fernando Séptimo*, pasando por el *Cóndor de Bolivia*, *La Época* o *El Herald*, la palabra escrita no solo formó una opinión pública, sino que fue el espacio en el cual se presentó el pensamiento de la nación que buscaba surgir y consolidarse. Si hoy, en pleno siglo XXI, revisamos la prensa que escribieron y leyeron nuestros tatarabuelos, encontraremos no solo las noticias cotidianas sino también esos folletines que permitieron a los bolivianos soñar y proyectar sus esperanzas. Si bien no podemos dejar de lado que la prensa fue escrita desde una mentalidad propia de la época, es importante destacar que fue fundamental en la construcción de la nación. La historia y la literatura, de forma conjunta, agradecen profundamente a Fernando Unzueta por esta obra que nos abre nuevos cauces para un diálogo necesario.